

ca de Onduré, á quien encontró detrás de su cabaña, trabajando en el bosque en la construcción de una canoa de corteza de abedul; frágil navecilla destinada á surcar los lagos, no de otro modo que el aire, cuya deslumbradora blancura y muelles formas imitaba.

La fama se adelanta hácia el guerrero, y examina primero en silencio el trabajo en que se ocupaba. Despreciador de la vejez y de las leyes, Onduré dice al supuesto Ondaga, mirándole con aire sarcástico: «Mas acertado sería que fueses á conversar con los demás hombres cuya edad ha debilitado la razón haciéndolos pensamientos semejantes á los de las matronas. Sabes que gusto poco de los cabellos blancos y de la cansada locuacidad: Aléjate, pues, no sea que al construir esta canoa, te haga sentir involuntariamente el peso de mi brazo, y te arroje al suelo como un tejó que solo ha conservado la corteza y que el viento derriba á su paso.»

«Hijo mio, semejante al terrible Areskouti, (1) replicó el taimado viejo; no me admiro de las insolentes palabras que acabas de dirigir á un sacerdote de la patria; bien se echa de ver que la cólera habita en tu corazón y que la venganza agita los penachos de tu cabellera. Cuando la pérfida Eudaé, mas hermosa que la estrella inmóvil, (2) rechazó en otro tiempo mis presentes, para aceptar gozosa los de Mengade, mi corazón se encendió en un furor semejante al que hoy domina tu pecho. Desconocí á mi propio padre, y en el extravío de mi razón, le varé mi tomahawh (3) sobre la que me había llevado en su seno y dado un nombre entre los hombres. Empero Athaensia (4) undió en breve mi flecha en el corazón de mi rival, y Endaé fue el precio de mi victoria. Aunque abrumado por las nieves, (5) mi memoria ha conservado fielmente el recuerdo de tan tremenda aventura, al modo que los collares (6) guardan los hechos de los antepasados. Perdono, pues, la imprudencia de tus palabras.»

No bien la fama dió fin á su insidioso discurso, el hierro con que Onduré armaba su diestra, cayó á tierra. Los ojos del salvaje se fijan, y una espuma de sangre apadece y desaparece en sus labios; palidece y sus rígidos brazos se agitan. Mas, recobrando súbitamente el uso de sus sentidos, salta como un torrente desde la cima de un peñasco y desaparece.

Entonces, recobrando su figura, el demonio de la fama, se elevó en triunfo por los aires, animando tres veces con su soplo una trompeta cuyos agudos ecos desgarraban los oídos. Al mismo tiempo Satanás envía á Onduré la Injuria y la Venganza; la primera le precede divulgando calumnias, que á manera de un aceite envenenado manchan cuanto tocan; la segunda le sigue envuelta en un manto de sangre. El príncipe de las tinieblas resuelve que un odio irreconciliable separe para siempre á René y Onduré, para que este odio sea el primer eslabón de una larga cadena de catástrofes. No obstante Onduré no sentía aun por Celuta todo el fuego del amor, que andando el tiempo, habían de impelerla á todos los crímenes; pero su orgullo y su ambición estaban heridos á la vez, por lo cual, respirando tan solo implacable venganza, dió libre rienda á su despecho en estas insultantes palabras:

«¿Quién es ese hijo del extranjero que intenta arrancarme la mujer de mi elección? ¿Se le conceden acaso como á mí, el primer lugar y la parte mas noble de la víctima? ¿Donde están las cabelleras arrancadas por su mano á los enemigos? ¿Vil carne blan-

(1) Genio de la guerra.

(2) La estrella polar.

(3) Maza.

(4) Genio de la venganza.

(5) Los años.

(6) Tratados, contratos, etc.

ca que no tienes padre ni madre, ni eres reclamada por cabaña alguna! ¡Cobarde guerrero, á quien haré vestir el jubón de corteza de las viejas, y á quien obligaré á hilar el nervio del corzo!

Así hablaba aquel cacique, rodeado de una legión de espíritus que llenaban su alma de mil funestas ideas. Cuando el otoño ha madurado los frutos, se ve á muchos campesinos encaramados sobre el árbol querido á la Neustria, derribar con largas varas la roja manzana, mientras las aldeanas y aldeanos hacían en desorden en grandes cestos los sazonados frutos cuyo zumo perturba la razón: así los ángeles del mal arrojaban á la vez sus embriagadores dones en el pecho de Onduré. ¡Insensatos zelos! El amor no podía entrar en el corazón de Amelia. Solo Celuta amaba. Aquellas pasiones no de todas partes correspondidas, presagiaban únicamente una serie de calamidades sin remedio y sin término.

### LIBRO TERCERO.

La marcha de Chactas al consejo, dejara en la soledad á René, quien deseoso de distraer su espíritu, salía y entraba en la cabaña, seguía al acaso un sendero en el desierto, ó miraba deslizarse las entonces serenas aguas del río: un bosque de cipreses había atraído su vista. Perdido durante algun tiempo en la espesura de las sombras, hallóse inopinadamente cerca de la cabaña de Celuta; delante de la cabaña descollaban algunos gordouias que despleaban sus cambiantes de oro y azul en sus antiguas hojas, el verdor en sus tiernos ramos, y la blancura en sus niveas flores. Algunos copalmas se confundían con aquellos arbustos, y varios azules formaban una especie de bosquecillo de coral.

Conducido por el camino situado detrás de la espesura, el hermano de Amelia dirigió su vista á la cabaña en la cual descubrió á Celuta; tal, despues de su naufragio, el hijo de Laertes miraba á través de las ramas del bosque á Nausicae, mas gentil que la palmera de Delos.

La hija de los natchez, sentada en una estera bordada con hilo de púrpura sobre una piel de original las guerras de los natchez contra los siminoles: veíase á Chactas en el acto de ser quemado en el cuadro de fuego y librado por Atala. Profundamente ocupada, Celuta se inclinaba hácia su tarea; y sus cabellos parecidos al jacinto se dividían sobre su cuello y caían á uno y otro lado de su pecho á manera de un velo. Menos encantadoras eran las Gracias, cuando al echar hácia atrás un largo hilo, desplegaba lentamente el desnudo brazo.

No lejos de Celuta, Outougamiz, sentado sobre la perfumada yerba, esculpía un gran remo. Veíase al hermano en la hermana, con la sola diferencia de que en las facciones de aquel se notaba mas sencillez, y en las de la segunda mas inocencia. Su corazón reflejaba en sus semblantes el mismo candor, la misma bondad: no de otro modo, en un valle del Nuevo-Mundo crecen sobre un mismo tronco dos arces de diferente sexo; y no obstante, el cazador que los ve desde lo alto de una colina, los reconoce por hermanos en su aire de familia y en el lenguaje que les hace hablar la brisa del desierto.

El hermano de Amelia era el cazador que contemplaba la solitaria pareja; y aunque no entendía su diálogo, lo escuchaba, no obstante, porque ambos huérfanos se dirigían á la sazón tiernas palabras.

Genio de los bosques, el de armoniosa voz, Genio acostumbrado á esos coloquios ignorados de la Europa, que escitan á la vez el llanto y la sonrisa; ¿te negarias á murmurar aquellos en mi oído?

«No quiero tornar á ver dormir los jóvenes, decía la hija de los natchez. ¡Hermano mio! Cuando duermes sobre tu estera, tu sueño es un bálsamo vivificador para mí; ¿acaso el sueño de los blancos no es de igual naturaleza?»

Outougamiz replicó: «Hermana mia! pregúntalo á los ancianos.»

Celuta repuso: «He creído ver el manitous de la hermosura que abría y cerraba alternativamente los labios del guerrero blanco, mientras dormía en la cabaña de Chactas.»

«Un espíritu, respondió Outougamiz, se me ha aparecido en mis sueños; no he podido ver su rostro, porque su cabeza estaba oculta en densa nube. El espíritu me dijo: El joven blanco arrebató la mitad de su corazón.»

Así hablaban las dos inocentes criaturas: su cariño fraternal embelesaba y á la par entristecía al hermano de Amelia, quien al hacer un involuntario movimiento, fue descubierto por Celuta á través del enmarañado ramaje. El pudor sonrojó las mejillas de la hija de los natchez; tal, un blanco lirio cuyo pié ha sido empapado en la purpura sávia de una planta americana, se pinta en una sola noche del brillante color, y admira en la mañana el imperio de Flora con su prodigiosa hermosura.

Medio oculto entre las guirnaldas del bosque, René contemplaba á Celuta, que le sonreía con el mismo aire que la divina Io al padre de los dioses, cuando solo descubría entre la nube la cabeza del inmortal. Por último, la hija de Tabamica abrió sus labios semejantes á los de la Persuasion; y con una voz cuyas inflexiones remedaban los acentos del chorlito azul, exclamó: ¡Hermano mio, he allí al hijo de Chactas!

Outougamiz, el mas ligero de los cazadores, se levantó y corriendo hácia el extranjero, le tomó de la mano y le condujo á su cabaña de madera de ilicium, cuyos muebles reflejaban el brillo de las esencias que los embalsamaban; hizole sentar sobre la piel de un oso que había sido durante mucho tiempo el terror del país de los esquimales; y sentándose luego á su lado, le dijo: «Hijo de la Aurora, los extranjeros y los pobres nos son enviados por el Gran Espíritu.»

Celuta, en la cama en que ningun guerrero había dormido, intentó proseguir su obra; pero sus ojos no veían sino un laberinto sin salida en los ingeniosos rodeos de sus bordados.

Reina una costumbre entre aquellos pueblos de la naturaleza, costumbre que existía entre los antiguos griegos: todo guerrero se elige un amigo. Una vez formado este vínculo es indisoluble, y resiste así al infortunio como á la prosperidad. Cada hombre se duplica en cierto modo, y vive con dos almas: si uno de los amigos espira, en breve deja de existir el otro. Así, aquellos bosques americanos alimentan serpientes de dos cabezas, cuya unión se verifica por medio del cuerpo, es decir, en el corazón: si algun viajero aplasta una de las cabezas de la misteriosa criatura, la parte muerta permanece adherida á la viva, y en breve perece este simbolo de la amistad.

Aun muy joven al perder á su padre, el hermano de Celuta no había elegido un amigo, por lo cual resolvió unir su destino al del hijo adoptivo de Chactas; asiendo, pues, la mano del extranjero, le dijo: «Quiero ser tu amigo.» René no comprendió esta palabra, pero repitió en la lengua de su huésped el nombre de amigo. Hinchido de alegría, Outougamiz se levantó, tomó una flecha y un collar de porcelana (1), é hizo una señal á René y á Celuta para que le siguiesen.

No lejos de la cabaña habitada veíase otra desierta, donde Outougamiz había nacido: un arroyuelo ha-

(1) Especie de marisco.

ñaba su desplomado techo y sus diseminados escombros. El joven indio penetró en ella con su huésped, y Celuta, á manera de una mujer llamada para servir de testigo ante un juez, permaneció en pié á cierta distancia del lugar señalado por su hermano. Outougamiz, al colocarse en medio de las ruinas, tomó una actitud solemne y entregó á René una estremidad de la flecha, descansando la opuesta en su mano. Alzó entonces la voz, y tomando por testigo al cielo y á la tierra, habló así:

«¡Hijo del extranjero! me confío á tí sobre mi cuna, y moriré sobre tu sepulcro. De hoy mas no tendremos sino una estera durante el día y una piel de oso durante la noche. Si te sobrevivo, daré de comer á tu espíritu; y despues de muchos soles pasados ven festines ó en combates, tu me prepararás á tu vez una fiesta en el festin de las almas. Los amigos de mi país son como los castores que fabrican en comun su vivienda; descargan á la par sus tomahawhs (2), y cuando la vida les inspira tedio, se consuelan apelando al puñal.

«Recibe este collar; los veinte granos encarnados señalan el número de mis nieves (3), y los diez y siete que le siguen indican las de Celuta, testigo de nuestra alianza; los nueve de color de violeta anuncian que nos juramos amistad en la nueva luna, ó luna de los cazadores; tres granos negros siguen á los de color de violeta: estos designan el número de las noches que esta luna ha brillado ya. He dicho.»

Outougamiz calló y tiernas lágrimas regaron sus parpados. Bien así como los primeros rayos del sol descendían sobre una tierra recientemente arada y humedecida por el rocío de la noche, la amistad del joven natche penetró en el alma conmovida de René. En la viveza del hermano de Celuta, en la dulce voz de amigo, una y otra vez repetida, y en la extraordinaria elección del lugar, René echó de ver que se trataba de un asunto sublime y augusto, y exclamó á su vez: «Sea lo que fuere lo que me propones, joven salvaje, te juro cumplirlo; acepto, pues, los presentes que me haces.» Y el hermano de Amelia estrechaba sobre su pecho al hermano de Celuta. Nunca un corazón mas tranquilo se acercara á otro corazón mas agitado.

Concluido este pacto, los nuevos amigos cambiaron los manitous de la amistad. Outougamiz entregó á René una asta de alce que cayendo anualmente, crece cada año con un nuevo mogote, simbolo fiel de la amistad que debe acrecentarse á medida que envejece. René entregó á Outougamiz una cadena de oro. El salvaje la tomó con mano presurosa, habló en voz baja á la cadena para animarla con sus sentimientos, y la colgó á su pecho jurando que solo con la vida la abandonaría: ¡juramento harto fielmente guardado!

A la manera de un árbol consagrado á alguna divinidad, y cuyas ramas se mecen cargadas de reliquias santas, pero destinado á caer en breve bajo la implacable segur del leñador: tal se mostró Outougamiz ostentando en su cuello la ofrenda de la amistad.

Los dos amigos sumergieron sus piés desnudos en el arroyo de la cabaña para significar que de allí en adelante eran dos peregrinos que debían terminar simultáneamente su comun viaje.

En la fuente que daba nacimiento al arroyo, Outougamiz tomó un poco de agua en que Celuta humedeció sus labios, para pagarse del testimonio que había prestado y participar de la amistad que en el alma de los dos nuevos hermanos acababa de nacer.

René, Outougamiz y Celuta vagaron luego por el bosque; el segundo se apoyaba en el brazo del pri-

(2) Maza.

(3) Años.



mero, y esta les seguía. Outougamiz volvía á cada paso la cabeza para mirarla, y cuantas veces sus ojos se encontraban con los de la india, veíasele sonreír vertiendo tiernas lágrimas. Semejantes á tres virtudes pobladoras de una misma alma, cruzaban aquellas soledades, á aquellos tres modelos de amistad, de amor y de nobleza. Luego el hermano y la hermana entonaron la canción de la amistad; decían:

«Atacaremos con el mismo hierro al oso en el tronco de los pinos; alejaremos con la misma rama al insecto de las sábanas; nuestras palabras secretas serán oídas en las cimas de los árboles.»

«Si estamos en un desierto, nuestro amigo lo rodea de encanto; si bailamos en la asamblea de los pueblos, á nuestro amigo también debemos nuestros placeres.»

«Mi amigo y yo hemos trenzado nuestros corazones á manera de lianas; estas lianas florecerán y se marchitarán á la vez.»

Tales eran los cantos de la fraternal pareja. El sol en aquel momento doró con sus postreros rayos los céspedes del bosque; las canas, los matorrales y las encinas se animaron: cada fuente suspiraba todo lo que la amistad encierra de mas dulce; cada árbol hablaba su lenguaje, cada avecilla cantaba sus delicias. Empero René era el genio del infortunio, estraviado en aquellas encantadas soledades.

Al regresar á la cabaña sirvióse el festín de la amistad, que consistió en algunos frutos coronados de flores. Los dos amigos se enseñaban á pronunciar en sus respectivos idiomas los dulces nombres de padre, madre, hermana y esposa. Outougamiz, quiso que su hermana hiciese un vestido indio para el hombre blanco; y Celuta, desplegando al punto una cinta de lino, invitó á René á levantarse y apoyó una mano trémula en el hombro del hijo de Chactas, dejando colgar la cinta hasta el suelo. Pero cuando al pasar la cinta bajo el brazo de René, acercó tanto su seno al del joven que sintió su calor en su propio pecho; cuando alzando hacia el hermano de Amelia unos ojos que brillaban tímidos á través de sus largos párpados; cuando esforzándose en pronunciar algunas palabras, estas espiraron en sus labios, creyó la prueba harta ruda y no acabó la obra de la amistad.

¡Venturoso día! tu recuerdo no se borró de la cabaña de los natchez, sino cuando los corazones que henchiste de ternura cesaron de latir. Para apreciar debidamente tus delicias, es preciso haber elevado como yo la mente al cielo, desde el fondo de las soledades del Nuevo-Mundo.

Mientras esto pasaba, los cuatro guerreros portadores del calumet de paz habian llegado al fuerte de Rosalia, á cuya vista Chepar reunió el consejo, al que concurrían con los principales habitantes de la colonia los capitanes del ejército. Levantóse un opulento negociante, tomó la palabra y despues de haber tratado á los indios de vasallos rebeldes, quiso que los diputados de los natchez fuesen rechazados y confiscadas sus mas fértiles tierras.

El padre Souël se levantó á su vez. Una gran doctrina, una vasta erudición y un espíritu capaz de las mas elevadas ciencias distinguían á aquel misionero; caritativo como Jesucristo y humilde como este divino maestro, procuraba convertir las almas al Salvador por medio de actos benéficos y el ejemplo de una intachable conducta; y mostrándose pacífico hacia los demás, anhelaba ardientemente el martirio.

Aquel digno sacerdote no debía permanecer en el fuerte de Rosalia, su antigua residencia, pues la palma de los confesores que pedía al Rey de gloria, le estaba reservada en la misión de los Yazous. Aquella era la vez postrera que defendía la causa de sus neófitos los natchez.

Vestido con un traje de camino, el padre Souël

parecía un peregrino que hace una mansion momentánea en la tierra, y que se dispone á marchar en breve á su patria celestial: al abrir sus labios, un silencio profundo reinó en el consejo.

El santo orador se remontó en su discurso hasta el descubrimiento de la América y trazó con vivo colorido el cuadro de los crímenes perpetrados por los europeos en el Nuevo-Mundo. Pasando de aquí á la historia de la Lusiana, hizo un brillante elogio de Chactas, á quien pintó como á un hombre adornado de una virtud digna de los antiguos sabios del Paganismo. Nombró con aprecio á Adario, invitó al consejo á que desconfiase de Onduré, y concluyó en estos términos, exhortando á los franceses á la moderación y la justicia:

«Espero que nuestro jefe superior y la asamblea se dignarán perdonar á un religioso el haberse atrevido á emitir su opinion. ¡No quiera Dios que haya hablado movido por un espíritu de orgullo! Tengámos, por amor de Jesucristo, nuestro benigno Señor, alguna compasión de los infelices idólatras, y mostrándonos verdaderos cristianos procuremos llamarles á la luz del Evangelio. Cuanto mas miserables son y mas privados se ven de los gozes de la vida, mas debemos compadecer sus errores y flaquezas. Misionero del Dios de paz en estos desiertos; ¡ojalá viva y muera sembrando la palabra del Cordero! ¡Ojalá mi sangre sirva para el sosten de la concordia! No vá todos, empero, está reservada tan alta bendición: yo no debo aspirar á la gloria de los Brebeuf y los Jogues, muertos por la fe en América.»

El padre Souël se inclinó ante Chepar y volvió á ocupar su asiento. ¡Oh verdadera religion! ¡cuán poderosas son tus delicias en los corazones! ¡cuán adorable es tu razon! ¡cuán elevada y profunda tu filosofia! En la de los hombres siempre falta algo; en la tuya todo abunda. El consejo, conmovido por las palabras del misionero, creía sentir las inspiraciones de la misericordia de Dios.

El demonio de la Avaricia, enviado por Satanás, temía el efecto del discurso del padre Souël, al ver las almas enternecidas á la voz del justo. Este espíritu infernal, de calva cabeza, de estrechos y apretados labios, de cuerpo diáfano y desapiadado corazón, de espíritu ocupado siempre de números, de mirada ávida é inquieta, de modales recelosos y solapados; este espíritu sopla su concupiscencia sobre el consejo, y apáganse al punto sus generosos sentimientos. Roberto, Salency y Artagnan se disponen á replicar al religioso: Febriano obtiene la palabra.

Nacido entre los francos en las costas de la Berbería, este aventurero, cristiano en su niñez y luego perjuro al Evangelio, fue, en el orden de los seyahs, ardiente discípulo del Alcoran. Arrojado á Europa por los azares de la fortuna, habiendo abrazado la carrera de las armas y harto noble en sí mismo, se hizo cristiano en la apariencia, pero continuaba de testando á los servidores del verdadero Dios y obedeciendo en secreto las abominables leyes del falso profeta. Chepar le encontró en los campamentos; y el traidor, medio monge y medio soldado, habia adquirido sobre aquel leal militar el ascendiente que la bajeza ejerce sobre los caracteres impetuosos y la astucia sobre las inteligencias limitadas. Febriano, pues, dispone casi siempre de la voluntad de Chepar, quien cree seguir sus propias resoluciones cuando tan solo obedecelas inspiraciones de Febriano. Por lo demás, aquel aventurero era uno de esos malvados vulgares, que no pudiendo brillar en la categoría de los grandes criminales, mueren olvidados en la parte oscura del crimen. Juguete vil de Onduré, cuyos presentes recibía, tenía todos sus vicios sin tener su genio. Hallado por el hermano de Amelia en la Nueva-Holanda, tratado por él con altivez en una disputa pasajera, Febriano alimentaba ya contra René un

profundo odio y envidia. El renegado levantó así su voz contra el pastor del Evangelio:

«Los frailes deberían mantenerse en sus conventos ó entre las mujeres, y dejar á la espada el cuidado de la espada. Nuestro denodado jefe sabe lo que debe hacer, y su sabiduría no ha menester de nuestros consejos. Los natchez son unos rebeldes que se niegan á ceder sus tierras á los vasallos del rey. Encárguese la expedición, y me obligo á traer aquí atados al insolente Adario y al viejo Chactas, que acaba de adoptar á un hombre, cuya familia y proyectos nadie conoce; un hombre que podría ser un emisario de alguna potencia enemiga.»

Este discurso fue acogido con estrepitosas carcajadas y prolongados aplausos; los habitantes de la colonia ensalzaban hasta las nubes la elocuencia de Febriano. El padre Souël, arrojó el escarnio de los hombres, con la misma impasibilidad que hubiera acogido sus elogios. Pero indignado de la ofensa inferida al misionero, d'Artaguette rompió el silencio en que hasta entonces se mantuviera.

Caro eternamente á la Francia, eternamente caro á la América que le vió caer con tanta gloria, aquel joven capitán simbolizaba la lealtad de los antiguos dios y la cultura de costumbres de la edad moderna. Colocado entre sus inclinaciones y su deber era desgraciado entre los natchez; porque, si bien dotado de un alma elevada, no tenía sin embargo ese carácter entusiasta por lo bello, que nos hace abrazar el partido en que imaginamos descubrirlo. Artaguette hubiera sido enemigo de las resoluciones extremas, si hubiese podido ser enemigo de algo, nada vituperaba ni elogiaba de un modo absoluto, pues procuraba atraer á todos los hombres á una recíproca tolerancia de sus debilidades, persuadido como lo estaba de que los sentimientos de nuestros corazones y las consideraciones propias de nuestros estados debían cederse alternativamente. De esta manera, interesándose á favor de los salvajes, vióse durante toda su vida obligado á hacerles la guerra: así un río caudaloso y cristalino, pero cuya corriente no es bastante rápida, entra á cada paso en la llanura, donde, rechazado por los mas leves obstáculos, se ve precisado sin cesar á volver á subir contra la natural dirección de sus aguas.

«Adorno de nuestra antigua patria en esta nueva Francia, dijo d'Artaguette, dirigiéndose al padre Souël, vuestras virtudes no han menester de un defensor como yo. Ruego á nuestro caudillo se tome el tiempo necesario para pasar las órdenes que ha recibido del gobernador general; yo le suplico acepte el calumet de paz de los salvajes. El venerable misionero, lleno de sabiduría y de experiencia, no puede haber presentado reflexiones absolutamente indignas de exámen. No me incumbe juzgar á los dos principales sachems, y menos aun á ese joven viajero, que no debía creer que su nombre figurase en nuestros debates; me parece muy absurdo aventurar sin dato alguno una opinion que afecta el honor de un hombre, especialmente cuando es francés.»

La noble sencillez con que d'Artaguette pronunció este breve discurso, complació, pero no convenció al consejo; todos esperaban impacientes la decision de su jefe. Incapaz de la menor bajeza, modelo de probidad y honor, Chepar cometía, no obstante, muchas injusticias que no procedían de su recto corazón sino de su limitada inteligencia. Reprendió á Febriano por haber faltado al orden y á la disciplina hablando antes que su superior el capitán d'Artaguette; pero reprendió también á este por su tibieza y moderación, diciéndole:

«En verdad que no se servía así en Malplaquet y en Denain, cuando tomé una bandera al enemigo y recibí un balazo en el pecho. Los antiguos se hubieran sor-

prendido mucho al oír estos singulares discursos de la juventud actual; si los Marlborough, maestros de los Turcos, se hubieran proporcionado un ejército de oradores, no habrían comprado á tanta costa sus victorias.»

Chepar se encolerizó contra los caciques de los salvajes, y sostuvo que Onduré era el único indio adicto á los franceses, no obstante el último discurso por él, discurso que Chepar consideraba como una astucia. Amenazó luego con su vigilancia y su cólera á todos los europeos sin origen conocido que iban, decia, á establecerse en el Nuevo-Mundo. Pero en fin, las órdenes del gobernador de la Lusiana no eran bastante decisivas para establecer inmediatamente la colonia en las tierras de los natchez. Chepar accedió, pues, á recibir el calumet de paz y á prolongar las treguas.

De este modo la fatalidad que abrumaba á René, le perseguía al otro lado de los mares: no bien durmiera dos veces bajo el techo de un salvaje, cuando las pasiones y odiosas preocupaciones empezaban á levantarse contra su persona entre los franceses y entre los indios. Los espíritus de tinieblas se aprovechaban del infortunio del hermano de Amelia para hacerlo estensivo á todo cuanto rodeaba á esta víctima; así, pues, impeliendo á Onduré al conato del primer crimen, desarrollaron el germen de las mútuas prevenciones.

Quando un javali, terror de los bosques, ha descubierto una javalina con su montaraz amante, escitado por el amor, el monstruo eriza sus cerdas, socaba la tierra con la hendida pezuña, eliriendo con los retorcidos colmillos el tronco de las hayas, se oculta para caer sobre su rival: así, Onduré, arrebatado de zelos por las palabras de la Fama, busca y encuentra el escondido lugar que debe entregarle al europeo, cuyos maleficios habian turbado ya el corazón de Celuta.

Entre la cabaña de Chactas y la de Outougamiz se dilataba un bosquecillo de zarzaparrilla, que proyectaba sobre el suelo una negra sombra, y las verdes encinas que sobre el bosquecillo descollaban, aumentaban las tinieblas. El hermano de Amelia, al volver de prestar el juramento de la amistad, se habia sentado á la margen de un arroyuelo que por aquellos lugares se deslizaba: á semejanza del árabe estenuado por el calor del día, se detiene en el pozo del camello, René se habia recostado sobre el musgo que cubria el fugitivo arroyo. Súbito grito hiede los aires: el grito de guerra de los salvajes, cuyo horror es imposible pintar; grito que la víctima casi nunca espera, porque cede en el acto al golpe del hacha; no con mayor celeridad sigue la bala el resplandor del foganazo; así el grito del hijo de Peleo resonó amenazador en las orillas del Simois, cuando el héroe, coronada la frente de una llama, se adelantó para salvar el cuerpo de Patroclo: los batallones quedaron arrollados, los espantados caballos huyeron y doce entre los principales troyanos cayeron en la noche eterna.

Terminado hubieran los días del hermano de Amelia, si los espíritus que le seguían no le hubieran salvado del golpe fatal, para que prolongada su existencia su desgracia fuese mayor, y aquella se prestase mas á los designios del infierno. Dócil á los mandatos de Satanás, la Noche, oculta siempre en aquellos parajes, desvió el hacha, que, silvando en los oídos de René, fué á clavarse en el tronco de un árbol.

A tan inesperado ataque, René se puso en pié. Ciego de ira por haber errado el golpe, Onduré se precipitó armada la diestra con un puñal, sobre el hermano de Amelia y le hirió en un costado. La sangre brota á la manera con que el licor de Baco salta bajo el hierro con que una turba de alegres bebedores ha perforado un anchuroso tonel.



René asió de la mano al asesino, intentando arrancarle el puñal; pero Onduré resistió y pasando su brazo izquierdo en derredor de aquel, procuró derribarle en tierra. Ambos guerreros se empujan y se rechazan, se desprenden y vuelven á asirse; hacen mil esfuerzos: uno para dominar á su enemigo y otro para conservar la adquirida ventaja; sus manos se entrelazan sobre el puñal, que este pugna por guardar, que aquel lucha por arrebatar. Ya se inclinan hácia atrás, y batallan por arrancarse el arma fatal, por medio de mútuas y violentas sacudidas; ya se obstinan en hacerse dueños de ella, haciéndola girar como el rayo de la rueda de un carro, para obligarse á soltarla por medio del dolor. Sus retorcidas manos se abren y cambian hábilmente de lugar á lo largo del puñal; su rodilla derecha se dobla, su pierna izquierda se estiende hácia atrás; su cuerpo se inclina hácia un lado y sus cabezas, se tocan, confundiendo sus desordenadas cabelleras.

Irguéndose súbitamente, ambos adversarios se aproximan pecho contra pecho, frente contra frente; sus tendidos brazos se levantan sobre sus cabezas y sus músculos se diseñan como los de Hércules y Anteo. En lucha tan frenética su respiración se acelera y suena fatigosa; cúbrense de polvo, de sangre y de sudor; y á semejanza de ese vapor de estío que la tarde desprende de un campo abrasado por el sol, un humo espeso se levanta de sus acardenalados cuerpos.

En las orillas del Nilo ó en los ríos de las Floridas, dos cocodrilos se disputan en la primavera una hembra brillante: ambos rivales se lanzan desde las opuestas márgenes del río y se reúnen en medio de su corriente. Abrázanse: abren las espantosas fauces; sus dientes se tropiezan con horrosos crujiidos; sus escamas se chocan como las aceradas armaduras de dos guerreros; corre la sangre por sus espumantes mandíbulas y salta á borbotones de sus ardientes narices; y en tanto, exhalan sordos mugidos semejantes al lejano retumbo del trueno.

Azotado el río por sus colas, muge en torno de ellos como en derredor de un bajel, combatido por la tempestad. Ora se abisman en los golfos sin fondo; y prolongada su lucha en la inmediación de los infiernos, se estiende sobre las aguas un légamo impuro; ora suben á la superficie, se acometen con redoblado furor, sumérgense de nuevo y tornan á aparecer; y ocultándose y mostrándose una y otra vez, parece intentan eternizar su pavoroso combate; así se oprimian los dos guerreros; así se ahogaban entre sus brazos apretados con los nudos de ciega cólera. La yedra se enlaza menos tenazmente al olmo, la serpiente á la serpiente, la hermana al cuello de un hermano querido y el hambriento niño al pecho materno. La rabia de entrambos guerreros llegó á su colmo: el hermano de Amelia luchaba en silencio contra su rival, que le resiste prorumpiendo en roncós gritos. René mas ágil, tenia todo el arrojío de un francés, y Onduré mas robusto, toda la ferocidad de un salvaje.

El Eterno no había pesado aun en sus balanzas de oro, el destino de aquellos guerreros: la victoria, pues mostrábase indecisa. Pero al fin, el hermano de Amelia reunió todas sus fuerzas, y asiendo con una mano el cuello del natchez, levantó los piés de este con los suyos, le hizo perder á la vez aire y tierra, le dió un rudo empujón con el pecho, le derribó como un pino y cayó con él. Onduré se debatía en vano: René, sujetándole con sus rodillas, le conminó con la muerte, levantando el puñal, arrancado al fin á una mano traidora. Ya generoso despues de su victoria, el hermano de Amelia sintió espirar su cólera: un albaricoquero cubierto de flores en las llanuras de la Armenia, oculta por un momento su hermosura, envuelto en una ráfaga de viento; pero despliega de

nuevo todas sus gracias al pasar el torbellino y la copa del árbol encantador sonrie inmóvil en medio de la ya serena atmósfera: no de otro modo recobró René la dulzura y la calma perdidas. Levantóse, y alargando al salvaje la cansada mano: «¡Desgraciado! le dijo; ¿qué mal te he hecho?» René se alejó, dejando entregado á Onduré, no á sus remordimientos, sino á la desesperación de haber sido vencido y desarmado.

## LIBRO CUARTO.

El ángel protector de la América, que subía hácia el sol, había descubierto el viaje de Satanás y del demonio de la Fama; y exhalando un suspiro al verlos, aceleró el movimiento de sus alas. Dejando á su espalda los planetas mas distantes del mundo: atravesó esos dos globos que los hombres, sumidos en las tinieblas de la idolatría, profanaron apellidándoles Mercurio y Venus; entró luego en esas regiones en que se forman los colores del sol en su ocaso y los delicados matices de la aurora; nadaba en unos mares de oro y de escarlata, sin sentirse deslumbrado entre aquellos torrentes de luz; y fija la mirada en el astro del día, llegó á su órbita inmensa.

Uriel le divisó, y despues de haberle dirigido el magestuoso saludo de los ángeles, le dijo:

«Espíritu solícito, á quien el Criador ha confiado la custodia de una de las mas hermosas regiones de la tierra; conozco el motivo que te conduce: mientras subías hasta mí, el ángel de la Cruz del Sur bajaba á este sol para anunciarme que había visto á Satanás y su compañera lanzarse desde el polo del Mediodía. Yo habría comunicado ya esta noticia á los arcángeles de los soles mas apartados sino hubiese visto á dos ilustres viajeros que vienen como tú de la tierra y que en breve llegarán hasta nosotros, para proseguir su camino á los tabernáculos eternos. Descansa, pues, esperándolas aquí, pues no hay ángel alguno á quien no sorprendas la carrera á través del infinito; las dos santas podrán encargarse de tu mensaje, y darán testimonio de tu vigilancia, y tu volverás al puesto á donde te llama la audacia del príncipe de las tinieblas.»

El ángel de la América respondió: «¡Uriel! no sin razon eres elogiado en las mansiones celestiales; tus palabras están llenas de sabiduría y los ojos de que estás cubierto nada te dejan ignorar. ¿Te dignarás dar testimonio de mi celo? Sabes que las flechas del Altísimo son terribles y que devoran á los culpables. Puesto que las dos patronas de los franceses se levantan en los santuarios sublimes, con el mismo objeto que me ha conducido al astro cuyo curso diriges, voy á regresar á la tierra. Acaso me veré precisado á presentar rudos combates, porque parece que Satanás se ha rodeado de nuevas fuerzas.»

Uriel replicó: «No temas á ese arcángel, porque el crimen es siempre débil, y Dios te enviará su victoria. Digno de elogio es tu celo; pero puedes detenerte un momento para dar á tus alas algun descanso.»

Así hablando, el ángel del sol presentó al de América una copa de diamante, llena de un licor desconocido, en el que humedecieron sus labios; y las últimas gotas del néctar, cayendo sobre la tierra á modo de rocío, la cubrieron con un manto de flores.

El ángel de la América, mirando los campos del sol, dijo á Uriel: «Ardiente Querubin, si mi curiosidad no es intempestiva, y si es permitido á un ángel de mi gerarquía conocer tan altos secretos, ¿es

verdadero lo que se dice del astro que presides, ó es una mera conjetura de la ignorancia humana? Uriel repuso con apacible sonrisa:

«Espíritu lleno de prudencia, tu curiosidad nada tiene de indiscreto, pues no te propones otro fin que glorificar la obra del Padre, obra que el Hijo conserva y el Espíritu vivifica. Puedo satisfacerte fácilmente.»

«¡No! este astro que sirve de escabel al Eterno, no fue formado como los hombres imaginan. Cuando al poder vivificador de la palabra eterna la creación salió de la nada y el cielo celebró la noche y la mañana del primer día, la claridad que del Santo de los santos procedía, formaba por sí sola la luz del mundo.»

«Pero aquella luz, por tibia que pudiera ser, demasiado viva aun para el universo, amenazaba reducirlo á cenizas. Emmanuel pidió á Jehová recogiese sus rayos no dando salida sino á uno solo. El Hijo tomó ese rayo en su mano, lo rompió, y de su fractura saltó una centella que el Hijo llamó sol.»

«Entonces brilló en el cielo este lumínar que atrae á los planetas á su derredor, por medio de los hilos invisibles que saca sin interrupción de su inagotable seno. Yo recibí la orden de sentarme en su foco, menos para vigilar el curso de las esferas que para impedir su destrucción; porque cuando Jehová, al entrar en la profundidad de su inmensidad, llama á sí sus otros dos principios; cuando produce con ellos esos pensamientos que dan la vida á millones de almas y de mundos; en esos momentos de concepción del Padre, brotan tales fuegos del Tabernáculo que todo lo que existe sería aniquilado. Colocado en el núcleo del sol, me apresuro á estender mis alas é interponerlas entre la creación y la ardiente emisión para evitar el incendio de los globos. La sombra de mis alas forma en el astro del día esas manchas que los hombres desecubren y que en su vana ciencia han explicado de diferentes maneras.»

Así departían los dos ángeles, mientras Catalina de los Bosques y Genoveva llegaban al disco del sol.

¡Pueblo guerrero y lleno de genio, franceses! ¿es acaso un espíritu poderoso, un afamado conquistador quien protege desde el cielo nuestro doble imperio? ¡No! es una pastora en Europa, una jóven salvaje en América. Genoveva, natural de la aldea de Nauterre, y tú, Catalina de los bosques Canadienses, extendes en la sucesión de los tiempos nuestro cayado de haya sobre mi patria, y conservadle esa sencillez, esas gracias nativas que debe sin duda á sus patronas!

Hija de una madre cristiana y de un padre idólatra, á la sombra del techo de corteza de una familia india, Catalina, educada en la religion materna, anunció desde su niñez que el Esposo celestial la había reservado para sus castos abrazos. Apenas había cumplido cuatro lustros, cuando fue llamada á sus dominios incorruptibles, donde los ángeles celebran incesantemente las bodas de esas mujeres que se han divorciado del mundo para unirse al cielo.

Las virtudes de Catalina, resplandecieron despues que Dios cubrió de milagros tanto mas ricos y brillantes, cuanto mayores fueron en la tierra la pobreza y oscuridad de la santa. Honrada públicamente como patrona del Canadá, diósele culto á la margen de una fuente bajo el nombre de la buena Catalina de los Bosques. Esta virgen, que no cesa de proteger la Nueva-Francia, ni de interesarse á favor de los habitantes del desierto, volvía á la sazón de la tierra en compañía de Genoveva.

Las patronas de las hijas de San Luis temian las desgracias con que Satanás amenazaba la dominación francesa en América: un mismo movimiento de bondad las llevaba á mansiones celestiales para implorar

la misericordia de María. Penetradas de dolor, hasta el punto que pueden sentirlo las sustancias espirituales; derramaban esas lágrimas interiores que Dios concede á sus elegidos; experimentaban esa especie de conmiseración que el ángel siente por el hombre, y que lejos de alterar la pacífica Jerusalén, encuentra las felicidades que en ella se gozan.

Genoveva ostenta aun en su mano el cayado guardado de guirnalda de yedra; pero ese cayado es mas brillante que el cetro de un monarca de Oriente. Las rosas que coronan la frente de la hija de las Galias, no son ya las fugitivas rosas con que la pastora se adornaba en los campos de Lutecia; son esas rosas inmarcesibles que crecen en los campos maravillosos bajo las huellas del Cordero sin mancha. ¡Genoveva! una blanca nube forma todo tu vestido; prestan sombra á tu divina cabeza tus cabellos de oro y á través de tu inmortalidad se reconocen las gracias llenas de amor, los indecibles encantos de una doncella francesa.

Mas sencilla la patrona de la Francia culta, es tal vez la patrona de la Francia salvaje. Catalina brilla con aquel resplandor que despidió al dejar de existir. Los fieles que visitaron su lecho de muerte, la vieron tomar un color encendido y una hermosura desconocida que inspiraba amor á la virtud y deseo de ser santo. Catalina conserva, con la transparencia de su glorioso cuerpo la túnica india y el rústico báculo; hija de la soledad ama al que se retiró al desierto antes de inmolarse por la salvación de los hombres.

Así viajaban juntas ambas santas: una libró á París de Atila: Genoveva que precedió al primero de los reyes cristianísimos, que durante una larga serie de siglos, opuso la oscuridad y la virtud de sus cenizas á todas las pompas y calamidades de la monarquía de Clovis; otra no precedió en la tierra sino pocos años al último de nuestros reyes cristianísimos (1); Catalina, que solo conoce la historia de algunos apóstoles de la Nueva-Francia, semejantes á los que vió la pastorcilla de Nanterre cuanto el Evangelio penetró en las antiguas Galias.

Las esposas del Señor se encargaron del mensaje del ángel de la América, que se precipitó á la tierra, mientras aquellas prosiguieron su camino al firmamento.

En un campo del sol, en las campiñas donde el suelo parece ser de calcedonia, de ónice y zafir, están colocados los carros sutiles del alma, carros que se mueven por sí mismos, y cuya materia forma las estrellas (2). Las dos santas se colocaron en uno de aquellos carros, y abandonando el astro de la luz, elevaronse con un movimiento mas rápido que la imaginación, y en breve vieron al sol suspendido á sus piés en los espacios, como una imperceptible estrella.

Siguieron luego el luminoso camino trazado por las almas de los justos, que desprendidos de las cadenas de los cuerpos vuelan á la morada de las eternas alegrías. Por aquel camino pasaban y tornaban á pasar las almas libertadas, como tambien una multitud de ángeles. Estos ángeles bajaban á los mundos para cumplir los mandatos del Altísimo, ó se elevaban hasta él, intérpretes de las oraciones y de los votos de los mortales.

En breve las santas llegaron á esa tierra que se estiende mas allá de la region de las estrellas, y desde donde se descubren el sol, la luna y los planetas, tales como realmente son, sin el medio grosero de la atmósfera que los desfigura á los ojos de los hombres. Doce fajas de diferente color (3), componen aquella

(1) Digo esto por énfasis de la muerte de Luis XVI. Escribia un año despues de la muerte del rey mártir.

(2) Platon.

(3) Iden.